

## Aire de familia

Francisco Fuster

Sin llegar a ser abundantes dentro del panorama de la literatura universal, ni mucho menos, sí existen algunos casos en los que se da la feliz coincidencia de que dos hermanos o hermanas se hayan dedicado con éxito al cultivo las letras: las Brontë (Charlotte, Emily y Anne), los Mann (Heinrich y Thomas), los Goytisolo (José Agustín, Juan y Luis) o los Machado (Manuel y Antonio), podrían servir como ejemplos notables de este tipo de casualidades. Mucho más rara es la circunstancia cuando esta vena artística afecta a varias generaciones dentro de una misma familia, dando lugar a aquello que solemos llamar una «saga de artistas». En la historia de la España del siglo XX, quizá el caso paradigmático de este último género nos lo proporciona una familia cuyo apellido lleva más de un siglo en el primer plano de la actualidad de la cultura española; me refiero, obviamente, al apellido Baroja.

Sobre pocas familias se ha escrito tanto como sobre los Baroja y de pocas tenemos tantos testimonios autobiográficos como de esta saga en la que conviven escritores, pintores, cineastas o antropólogos. En efecto, y como ha señalado con acierto José-Carlos Mainer<sup>1</sup>, una característica común entre los integrantes de esta especie de *gens* que son los Baroja es su tendencia a poner por escrito sus recuerdos y a entreverar constantemente en ellos lo personal con lo familiar, que en ellos viene a ser muchas veces lo mismo. Lo hizo el escritor Pío Baroja en sus memorias tituladas *Desde la última vuelta del camino* y en otros muchos textos autobiográficos; lo hizo su

hermana Carmen en ese sentido testimonio de una época que son sus *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*; lo hizo y lo sigue haciendo Pío Caro Baroja (hijo de Carmen Baroja y del editor Rafael Caro Raggio) en libros como *La soledad de Pío Baroja* y otros posteriores; y, por supuesto, lo hizo Julio Caro Baroja en el que quizá sea el más completo documento sobre la familia y, al decir de muchos, uno de

los mejores libros de memorias publicados en España durante la segunda mitad del siglo XX.

Cuenta Julio Caro Baroja en el prólogo a *Los Baroja (memorias familiares)* que cuando empezó a escribir este libro, mezcla de autobiografía y libro de memorias, lo hizo «viendo el mundo como desde la sepultura, considerándome yo mismo como un muerto». Y lo dice porque, aunque el libro que ahora se reedita fue publicado



Julio Caro Baroja  
*Los Baroja (memorias familiares)*,  
Barcelona, RBA Libros, 2011,  
560 págs.

por primera vez en 1972, su origen se remonta al año 1957, cuando tras las muertes sucesivas de su madre en 1950, su tío Ricardo en 1953 y su tío Pío en 1956, la tristeza se había apoderado de un hombre que, pese a su juventud (42 años en el momento en que empieza a escribir), sentía que «su vida afectiva estaba casi terminada», debido a esta acumulación de desapariciones de aquellos seres más queridos que habían dado sentido a su existencia. Sin embargo esta disposición poco favorable, lo cierto es que el autor hizo un esfuerzo y nos dejó más de quinientas páginas en las que aún la narración de los aspectos más personales de su vida con la descripción de una época y sus contradicciones; páginas que son a la vez un retrato de familia y un fresco de la sociedad española que cubre desde los años veinte hasta la posguerra de los cuarenta y cincuenta, pasando por la Segunda República y la Guerra Civil.

1. José-Carlos Mainer; «Para una lectura conjunta de *Los Baroja* (de la memoria a la antropología)», en Jaime Alvar Ezquerro (coord.), *Memoria de Julio Caro Baroja*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005, págs. 70-91.

En la primera parte del libro –«Los personajes»– vemos esa fotografía de los antepasados de Caro Baroja, empezando por las familias de sus progenitores, cuya genealogía se reconstruye con detalle, y continuando con los grandes protagonistas de estos capítulos iniciales: la madre y los tíos del autor. Esta primera mitad de la obra es también la dedicada a recrear los ambientes o los escenarios de una vida: las distintas casas en las que habitó la familia Baroja en Madrid y por las que pasó buena parte de la intelectualidad española de la Edad de Plata (escritores, editores, pintores, intelectuales y hombres de ciencias, etc.); el caserón de «Itzea» que compró Pío Baroja en 1912 en la localidad navarra de Vera de Bidasoa, donde el novelista instaló su biblioteca y escribió parte de su obra; el Ateneo madrileño, el instituto, la universidad...

Como buen historiador que trata de entender el presente mirando hacia el pasado, Caro Baroja se remonta a las generaciones del clan barojiano anteriores a la más conocida, la de sus tíos y su madre. Uno de los personajes más interesantes de la saga es, sin duda alguna, el padre de Pío y Ricardo, Serafín Baroja; de profesión ingeniero de minas y de vida azarosa y viajera (Pío Baroja ha contado en repetidas ocasiones los múltiples cambios de residencia –San Sebastián, Madrid, Pamplona– que tuvo la familia y la sensación de desarraigo que estas veleidades laborales del patriarca provocaron en ella). De Serafín cuenta su nieto que fue un hombre polifacético cuya gran curiosidad y variadas inquietudes artísticas nos permiten decir que en él existe ya el germen intelectual de lo que luego serían sus hijos.

Precisamente a ellos, a Pío y Ricardo Baroja (aunque en el libro no aparece porque Julio Caro Baroja no le conoció, sus tíos tuvieron un hermano mayor que se llamó Darío Baroja y que murió muy joven en 1894) están dedicados sendos capítulos

no menos importantes. Del más famoso de los Baroja, que es también –y con diferencia– del que más y más variadamente se ha escrito, dice Caro Baroja que sobre él existe en los libros una visión distorsionada y poco fiel a la realidad, basada en una literatura que reproduce una y otra vez los tópicos y las anécdotas con las que se ha fabricado al personaje, pero sin querer profundizar en la persona. Frente a esta imagen del Baroja hosco y antipático que un sector de la crítica ha querido potenciar, el sobrino del escritor nos describe a un hombre familiar y fiel a sus amigos, introvertido –eso sí– y poco dado a la sociabilidad con los desconocidos, pero leal y siempre atento para con los suyos. De Ricardo destaca el autor la capacidad para mirar y ese ojo crítico que como buen pintor y grabador tuvo su tío, de quien Caro Baroja admite haber heredado esas dotes de observador y analista que le caracterizaron.

Capítulo aparte merece la figura de Carmen Baroja. Al margen de los recuerdos naturalmente dulces y agradables expresados por el hijo (esta unión a la figura materna es una característica común a todos los varones de la familia Baroja), sobre su madre nos cuenta un detalle que me parece muy revelador, pues resume bastante bien el papel secundario que han tenido las mujeres en el entramado familiar barojiano. El mejor argumento para defender esta tesis son las propias memorias de la interesada, cuya lectura explica muchas claves no solo familiares, sino también relacionadas con el lugar que ocupó la mujer en la sociedad española del fin de siglo. En el caso de Carmen Baroja, el autor de estas memorias deja entrever que su escasa influencia en la familia hizo que buscase fuera de ella «una pequeña solución para cultivar su instinto social, que en casa veía poco cultivable». Esa vía de escape fue la fundación con varias amigas y conocidas del famoso Lyceum Club, donde Carmen pudo dar expresión a unas inquietu-

des intelectuales que en el ambiente familiar quedaban coartadas. En una estirpe dominada mayoritariamente por el sexo masculino, la figura de Carmen Baroja ocupa un lugar secundario, pero en absoluto menos digno de atención.

Con respecto a esos lugares en los que discurrió su vida, el recuerdo de Caro Baroja es bastante desigual. Pese a haber vivido en varios sitios distintos de Madrid, haber frecuentado el Ateneo y haber asistido a la universidad, el recuerdo de la capital que le queda al autor es el de ese Madrid «callejero» de una niñez vivida y sufrida; un recuerdo que, si bien le hizo odiar la ciudad durante una época, con el tiempo se convirtió en una nostalgia agri-dulce. Mucho menos contradictorios son los sentimientos despertados por ese paraíso terrenal que siempre ha sido para los Baroja el pequeño pueblo de Vera de Bidasoa, en la frontera entre Navarra y Francia. Al viejo caserón de «Itzea», adquirido por don Pío y habitado –todavía hoy– por las sucesivas generaciones de la familia, le profesa el autor un amor incondicional. Vera tiene para los Baroja un valor sentimental fuera de toda duda, pues todo lo allí vivido remite a los valores de lo familiar frente a la soledad, de la naturaleza virginal de la tierra vasca frente a lo artificial y lo corrupto de la gran urbe.

En esta mezcla entre lo personal y lo social que es la autobiografía de Julio Caro Baroja hay ciertos temas que destacan por uno u otro motivo. En relación con la vertiente más íntima de su persona, no deja de ser curioso que solo se dediquen siete páginas a hablar de las relaciones amorosas o amistosas con las mujeres. Él mismo lo explica: ni tuvo suerte con ellas ni, para qué negarlo, la buscó. Pese a haber tenido alguna experiencia durante su juventud, es evidente que la búsqueda de un amor duradero nunca fue algo que obsesionase a un Caro Baroja que en varios momentos de su libro se define como un «sol-

terón» y un hombre «de temperamento no muy ardiente en verdad».

De la segunda parte de las memorias, la dedicada al contexto sociocultural de la España de los Baroja, destaca la crudeza con la que el autor expresa la influencia que tuvieron en su vida las circunstancias históricas en las que tuvo que vivir. De la ilusión juvenil despertada por la República, se pasa a la impresión de desencanto y tristeza infinita generada por la Guerra Civil y, después, a la sensación de fracaso colectivo provocada por la posguerra y las dificultades que tuvieron que atravesar algunos miembros de la familia por su falta de compromiso con ninguno de los dos bandos.

Esta interposición de planos, esta combinación ponderada entre la narración de unas vidas, con todo lo que tienen de excepcionales e irrepetibles, y la historia de una sociedad española que se mueve y atraviesa distintas etapas durante las décadas que cubren los recuerdos de Julio Caro Baroja es lo que hace de *Los Baroja* un libro único en su especie. La historia de los Baroja es la de una familia de intelectuales famosos y reconocidos, de gentes queridas y admiradas por una sociedad española que –salvo excepciones– siempre les ha tratado con respeto y cariño. Pero una cosa es la imagen proyectada al exterior y otra bien distinta es la realidad de puertas para dentro que solo conocen sus protagonistas. En el caso de la familia Baroja, y como explica a la perfección el autor de este libro, la vida pública y la vida privada han sido muchas veces inconciliables; ya sea por la hipersensibilidad de todos sus miembros, o ya sea por el carácter peculiar y personalísimo de algunos de ellos, lo cierto es que el sino de los Baroja ha sido vivir al margen de la sociedad y de los tiempos:

Vivir un poco al margen en España y sin vínculo con el exterior: tal fue el destino de mi familia y mi mismo destino. Algunas veces me pregunté el por qué. Sin duda todos hemos adolecido de

cierta excentricidad y de carácter algo difícil. Unos por un estilo, otros por otro. He pensado a veces asimismo en que había timidez familiar. Ahora no lo creo. Se trata más bien de una falta de acomodo físico, espantoso, con mucha gente: una hipersensibilidad para la antipatía y la simpatía de muy malas consecuencias, porque a la postre resulta que el número de personas antipáticas es mucho mayor que el de las simpáticas. Petulancia, satisfacción de sí mismo, gana de llegar a ser, ansia de honores, de dinero o de popularidad, respetabilidad social aparente, conformidad con el medio, todo esto han sido abominaciones para mi familia (págs. 80-81).

Salvando las distancias, *Los Baroja* me recuerda en parte a las *Memorias de ultratumba* de François-René de Chateaubriand. Si el vizconde francés decía de sus monumentales memorias que estaban escritas desde ultra-tumba, desde más allá de la tumba y con la perspectiva de un individuo que estando todavía vivo, adopta la posición de un muerto para mirar retrospectivamente al pasado, a la historia de su país y a la peripecia de su propia existencia, las memorias de Julio Caro Baroja también parecen concebidas por alguien que echa la vista atrás para recuperar ese mundo que ya hemos perdido, para dejar constancia por escrito de una vida con altos y bajos, con ciertas alegrías y con muchos sinsabores; una vida que en este libro se nos cuenta con una pesadumbre dulce, con una melancolía deliciosa.

---

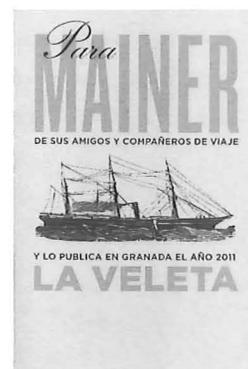
*Francisco Fuster, es investigador en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València.*

## La lección del maestro

Justo Serna

- ¡Quiero vivir!  
 - ¿En qué sentido?  
 - En el más grande.  
 - Entonces persista, no ceje.  
 - ¿Con su comprensión..., su ayuda?  
 - Cuento con ello, usted será una gran figura para mí. Cuento con mi más elevado aprecio, con mi devoción. Me sentiré muy contento, si es que eso tiene algún valor para usted...

Henry James,  
*La lección del maestro*



VV.AA.

*Para Mainer: de sus amigos y compañeros de viaje,*  
 Granada, La Veleta, 2011, 296 págs.

Afortunado quien tenga maestros. Será siempre una suerte contar con personas que nos enseñen, que nos adiestren y que nos muestren con su ejemplo lo mejor y lo deseable. Los maestros son instructores, transmisores e inductores, apostillaba George Steiner: individuos con conocimientos múltiples y con experiencias variadas que reparten su saber a manos llenas. El saber no es mera información o un simple acúmulo de erudiciones. Es, por el contrario, discernimiento, capacidad de discriminación, criterios para sumar y restar datos escasos o abundantes. A veces reunimos muchas informaciones puramente redundantes. El maestro será capaz de distinguir y ponderar. En ocasiones, por el contrario, somos torpes a la hora de hallar referencias, de lograr indicios. El maestro será un guía que proporcione pautas, aquel que ampare sin imponer la meta.